

Revista de Literatura, 2009, julio-diciembre, vol. LXXI, n.º 142,
págs. 609-626, ISSN: 0034-849X

EL PÍCARO SIGUE AL CONQUISTADOR: PABLOS SURCA LOS OCÉANOS

VICTORIANO RONCERO LÓPEZ
Stony Brook University

RESUMEN

Al final de sus aventuras Pablos, el protagonista del *Buscón* quevediano, prepara su huida a América, e informa al lector que en el Nuevo Mundo no cambió ni su suerte ni su estatus social o económico. La misma situación vive Alonso, el protagonista de *Alonso, mozo de muchos amos*, de Jerónimo Alcalá que también narra su fracasada estancia en México. En este estudio se analizan los motivos del fracaso de estos dos pícaros en su aventura americana. Ambos fueron utilizados por sus creadores como espejos de la avaricia e inmoralidad con la que se embarcaban muchos de los españoles que cruzaban el Atlántico y como advertencia para aquellos que pretendían seguir sus pasos.

Palabras clave: pícaro, América, avaricia, moralidad, indiano.

THE PÍCARO FOLLOWS THE CONQUISTADOR: PABLOS PLIES THE OCEANS

ABSTRACT

At the end of his novel Pablos, the main character of el *Buscón* by Quevedo, is ready to initiate his trip to America, but the narrator informs us that his staying in the New World did not change his social and economic status. Alonso, the main character of *Alonso, mozo de muchos amos* by Jerónimo Alcalá, describes to the reader a similar failure during his staying in Mexico. In the present study I analyze the reasons why these two picaros failed in his pursue of the «American dream». Quevedo and Alcalá created two perfect examples of the greed and immorality of the Spaniards who traveled to America at that time, and they used both characters as a way to warn those who wanted to follow them.

Key words: Rogue, America, Greed, Morality, Nabob.

Al final de sus accidentadas aventuras Pablos se encuentra acogido a sagrado en una iglesia sevillana, huyendo de la justicia que lo persigue por la muerte de dos corchetes, y harto de esa situación escribe:

Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado peca-

dor, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como vuestra merced verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres (QUEVEDO, *Buscón*, 273-274).

Se trata de la primera travesía a las Indias en el género picaresco, pues ni Lazarillo de Tormes ni Guzmán de Alfarache cruzaron el Atlántico para intentar mejorar sus miserables vidas, a pesar del carácter viajero de todos los pícaros, explicitado por Guzmán: «En esto acabarás de conocer qué grave cosa sea un destierro para los buenos y cuán cosa de risa para los malos, a quien todo el mundo es patria común, y donde hallan que hurtar de allí son originarios» (ALEMÁN, *Guzmán*, 576). No quiero entrar aquí a buscar las causas que explicarían esta anomalía, pues si nos acercamos a los datos históricos e incluso a los textos literarios de la época, el nuevo continente se presentaba como un destino apetecible para los personajes de la condición y de las pretensiones de los pícaros. Basta recordar aquí las palabras con las que Cervantes describe las Indias a las que pasa Felipo de Carrizales, el protagonista de su novela *El celoso extremeño*, en la que el narrador afirma que su personaje

se acogió al remedio a que muchos otros perdidos en aquella ciudad (Sevilla) se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a los que llaman *ciertos* los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos (CERVANTES, *Novelas ejemplares*, 175-176).

Si nos acercamos a documentos históricos de los siglos XVI y XVII también nos encontramos con pasajes en los que ciertos historiadores hacen referencia a esta situación, como es el caso de Gaspar Juan Escolano, que en su *Historia de Valencia*, publicada en 1610, consideraba este hecho como positivo, ya que «antes nos sirve de purga para limpiarnos, y de lo que sirve la sangría» (*apud* DOMÍNGUEZ, *La sociedad española*, I, 90). La limpieza moral e higiénica que suponía para España la salida de estos individuos, ciertamente exagerada por el autor valenciano, no podía esconder el problema que representaba para Castilla la despoblación que acarrea, y que llevó a otros autores como a Martín de Porras a pedir en 1597 al rey Felipe II que prohibiera la emigración a América a todos los ciudadanos de su reino, excepto a los clérigos y funcionarios (BORAH, *The mixing of population*, 712). La sensación de despoblación que se vivía, sobre todo en Castilla, se veía acrecentada por el goteo constante de ciudadanos que se embarcaban, y que por lo que se refiere a los campesinos y artesanos dañaban sin lugar a dudas la economía del Reino (BORAH, *The mixing of population*, 715). Las cifras de esta emigración varían según las fuentes utilizadas, pero me parecen acertados los cálculos

de Domínguez Ortiz para quien cada año salían entre cuatro y cinco mil personas, descontando los retornos, «cifra que puede parecer pequeña si no se considera que era un sumando más en la lista de factores que desangraban un país de ocho millones de habitantes» (DOMÍNGUEZ, *La sociedad española*, I, 90).

Las Indias habían atraído desde un principio a aquellos individuos que buscaban la riqueza y la movilidad social que se les negaba en la sociedad estamental española, y por ello se constituían en potenciales escenarios privilegiados para los pícaros que veían en esas tierras virreinales la posibilidad de lograr sus aspiraciones de bonanza económica y su afán de medro. Aunque José Antonio Maravall cree que, precisamente, esa posibilidad de liberarse de la presión social que existía en Europa hacía que América no fuera un lugar apetecible para los pícaros (MARAVALL, *La literatura picaresca*, 266). Así se puede explicar por que Mateo Alemán en su novela, la primera en la que el pícaro abandona la Península Ibérica, prefirió que Guzmán frecuentara los territorios europeos, concretamente los italianos, más conocidos y visitados por los artistas y humanistas españoles de su momento, y también por sus lectores, y más aptos para reflejar el mensaje mercantilista que pretendía transmitir en su novela (cfr. CAVILLAC). Aunque debemos recordar que al final de su autobiografía planea marcharse a las Indias para acumular riquezas: «Porque mi desinio era hacer una razonable pella y dar conmigo lejos de allí a buscar nuevo mundo. Queríame pasar a las Indias y aguardaba embarcación, como quiera que fuese; mas no lo pude lograr» (ALEMÁN, *Guzmán*, 864). Sus planes fueron truncados por la justicia que lo aprehendió y condenó a galeras por robarle a la señora a quien servía. Otra de las causas que explicarían la ausencia de América en el *Guzmán* y el viaje a Italia sería el origen florentino de los antepasados de la madre del novelista, por lo que este era mucho mejor conocedor de la realidad italiana que de la americana. Y esa última creo que es una de las causas, quizás la más importante, para explicar la ausencia del territorio americano en el género picaresco: el desconocimiento de primera mano de la realidad cotidiana de los españoles que vivían por esas tierras. Esa y no algunas de las que se han expuesto hasta ahora, como la prohibición de la exportación de relatos novelescos a América, desmentida por Leonard hace ya unos años (LEONARD, *Los libros del conquistador*, 215-222)¹, y la dureza o el carácter prodigioso de la realidad americana, es en mi opinión la causa principal de que en la mayor parte de las novelas españolas de los siglos XVI y XVII el pícaro no cruzara el Atlántico. Porque si hacemos un recorrido por las biografías de los autores de novelas picarescas nos daremos cuenta de que ninguno

¹ Habría que recordar aquí, por el contrario, los problemas que encontraba la publicación en España de textos sobre la historia de América (cfr. FRIEDE).

de ellos estuvo en las Indias, a excepción de Mateo Alemán que se embarcó para la Nueva España en 1608, es decir, cuatro años más tarde de la publicación de la segunda parte de su novela, y allí consiguió un puesto de contador de la universidad de México, muriendo en aquellas tierras alrededor de 1615 (CROS, *Mateo Alemán*, 52-55). Su labor literaria en tierras mejicanas se limitó a la *Ortografía castellana* (1609) y a los *Sucesos de fray García Guerra* (1613), textos que nada tienen que ver con el género picaresco, aunque sí con su interés didáctico y moralizador pos tridentino.

Quevedo tampoco conoció de primera mano las tierras a las que llegó Colón en 1492, su conocimiento se debía a los libros, sobre todo a las crónicas en las que se relataban las aventuras de los primeros pobladores españoles. Pero sí expresó en varias obras sus opiniones sobre América y su impacto en Castilla y en sus hombres, en su historia. Estas opiniones no difieren para nada de la pauta marcada por las generaciones anteriores y por la suya propia, y que ya aparecen recogidas en los primeros testimonios de los conquistadores, empezando por las cartas colombinas, en las que aparecen estrechamente ligados los conceptos de Dios, Rey/Emperador y riquezas como se puede ver en la «Oración de Cortés a los soldados» que reproduce López de Gómara:

Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no sólo ganaremos para nuestro Emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, sino también para nosotros mismos muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y aparte esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nación, sino ninguna otra ganó... Además de todo esto, estamos obligados a ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande nuestro Dios (LÓPEZ DE GÓMARA, *La conquista de México*, 145).

Muchos más textos se podrían citar, pero este fragmento de la arenga de Cortés a sus hombres resume a la perfección las ideas que despertaban las Indias a los españoles y demás europeos de la época. Quevedo también manifiesta esta diversidad de concepciones, añadiéndole además una muy relacionada con Dios como es el pecado de la avaricia, que tanto predominio obtuvo entre los moralistas españoles de los siglos XVI y XVII y que también aparece ya en los textos colombinos, en los que el Almirante opone a los generosos indios «los españoles tan cudiñosos y desmedidos» (COLÓN, *Los cuatro viajes*, 140). La que podríamos considerar como concepción religioso/imperialista aparece en una obra temprana de Quevedo titulada *España defendida*, texto humanístico en la que defiende a España de los ataques de los humanistas franceses y holandeses de mediados del siglo XVI y principios del siglo XVII. En el capítulo quinto de la obra, al ensalzar la especial relación que existe entre Dios y España, el nuevo pueblo elegido, se hace una referencia a ciertas victorias contra los herejes en las

que el brazo de Dios ha ayudado a los españoles a derrotar a los enemigos de la fe, y afirma:

La diestra de Dios venció en el Cid, y la misma tomó a Gama y a Pacheco y a Alburquerque por instrumento en las Indias Orientales para quitar la paz a los ídolos. ¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, amparó a Cortés para que lograra dichosos atrevimientos, cuyo premio fue todo un Nuevo Mundo? (QUEVEDO, *Obras completas*, 587).

Aparecen reunidas las dos ideas: la imperial, España ha conquistado un nuevo mundo; la religiosa, la mano de Dios, su diestra, ha servido para que los españoles, y aquí curiosamente incluye a tres portugueses (Gama, Pacheco y Alburquerque), hayan destruido a los falsos ídolos adorados en las Indias Orientales. En su defensa apasionada de su patria, Quevedo debía destacar la conexión inseparable que existía entre Dios y España. En este sentido, y en este contexto, las Indias, ese Nuevo Mundo conquistado en parte por Cortés, demostraban palpablemente que la monarquía española y la Iglesia católica se hallaban personificadas en una sola figura la del rey de España, así había sido desde el Cid y así seguía siendo con Carlos V, el emperador bajo el que Cortés conquistó el imperio azteca.

Pero el humanista cristiano que es Quevedo no podía olvidar las consecuencias negativas que las riquezas existentes en el Nuevo Mundo habían traído al Viejo. Desde los primeros momentos, los moralistas habían alzado su voz sobre la avaricia que impulsaba a los españoles a embarcarse en los navíos que iban a América atraídos por las riquezas que las Indias les prometían. Este afán de riquezas aparece ya en los textos de Colón y los cronistas de Indias y ha sido recogido en nuestros días en textos que intentan recoger el ambiente de la época, como el magnífico cuento *Semejante a la noche*, de Alejo Carpentier, en la que un español a punto de embarcarse en Sevilla le habla a su madre de «la tierra de Omeguas, una ciudad toda hecha de oro, que un buen caminador tardaba una noche y dos días en atravesar» (CARPENTIER, *Guerra del tiempo*, 120). Bastaría recordar aquí la relación que hizo López de Gómara sobre la fortuna que acumularon algunos de los soldados de Pizarro con la captura de Atabaliba². Esta motivación chocaba con la concepción de los moralistas que veían las nuevas tierras descubiertas como tierras de perdición. Quevedo también comulgaba con esta visión «pecaminosa» de los territorios americanos, a la que se oponían su sentido cristiano y su neo estoicismo. Son estas dos concepciones las que explican las palabras con las que define a América

² «Envió Pizarro el quinto y relación de todo al emperador con Fernando Pizarro, su hermano: con el cual vinieron a España muchos soldados ricos de veinte, treinta, cuarenta mil ducados; en fin, trajeron casi todo aquel oro de Atabaliba, e hinchieron la contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo» (LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia general de las Indias*, 217).

en el pasaje de *La Hora de todos* en la que un caudillo indígena chileno contesta a un capitán holandés:

Pues advertid que América es una ramera rica y hermosa, y que, pues fue adúltera a sus esposos, no será leal a sus rufianes. Los cristianos dicen que el cielo castigó a las Indias porque adoraban a los ídolos; y los indios decimos que el cielo ha de castigar a los cristianos porque adoran a las Indias. Pensáis que lleváis oro y plata, y lleváis envidia de buen color y miseria preciosa (QUEVEDO, *La Hora de todos*, 312-313).

América se convierte así en el centro de la corrupción de las costumbres de los españoles de los siglos XVI y XVII, que atraídos por el oro se olvidan de la moderación que impone el Cristianismo, que ve en la pobreza una virtud necesaria para la salvación. Las Indias son vistas como un castigo del cielo que lleva a la perdición. Pero no sólo a la perdición, sino que también conduce al caos social, porque los indios, los españoles que enriquecen allende los mares subvierten el orden social establecido, porque, como muy bien indica Sánchez Belén, las «Indias representaban una vía asequible para muchos en su deseo de adquirir honra y honores, y por tanto la oportunidad de romper las barreras estamentales que coartaban todo intento de movilidad social» (SÁNCHEZ BELÉN, *Colonos y militares*, 281)³. Un intento de ruptura de la estructura estamental que comenzaba con el uso inapropiado del *don*, que, por ejemplo, censuraba Santa Teresa de Jesús a su hermano en una carta escrita desde Sevilla en abril de 1576: «Cuanto a lo primero de «dones», todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá. Mas en viniendo rogué yo a su padre no se lo llamasen y le di razones» (TERESA DE JESÚS, *Obras*, III, 168). Esta usurpación del título chocaba de frente con aquellos que defendían el *status quo*, y que, por tanto, veían a estos indios como infractores y destructores de un orden social que se basaba en la jerarquía celestial. Los moralistas, pues, debían alzar su voz para reprehender a estos individuos que atentaban contra la paz social. Quevedo y estos autores representaban la voz de la conciencia de esa sociedad y esa cultura barrocas que Maravall definió acertadamente como «conservadoras». Y desde el punto de vista económico la calificación de América como ramera refiere a la cada vez mayor importancia que había adquirido el comercio del continente con los ingleses y holandeses (cfr Elliott, *La España Imperial*, 317-319), situación que perjudicaba a la economía castellana y que Quevedo no podía dejar pasar por alto.

Y en este espacio ideológico es donde debemos situar el *Buscón*. Lo primero que se debe destacar es el hecho de que el final de la autobiografía incorpora a las Indias como residencia de Pablos, que o está de vuelta

³ Ver también Pagden, que afirma que los españoles que iban a América «fuera cual fuese su origen social, se consideraban *hidalgos*» (PAGDEN, *El imperialismo español*, 31).

en España tras una fracasada experiencia americana, o que todavía vive allí y desde allí escribe sus memorias. Creo que hasta ahora nadie ha analizado este hecho: América forma parte del escenario de las andanzas del pícaro segoviano. Pablos no nos ha contado cuáles han sido sus experiencias, lo único que sabemos con certeza es que no le ha ido demasiado bien, «pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres». Su existencia en el virreinato de Nueva España o en el del Perú se asemejaría a la de muchos otros pícaros y aventureros que cruzaron el Atlántico «devorados por el ansia de adquirir fortuna» (SÁNCHEZ BELÉN, *Colonos y militares*, 287) y que cometieron todo tipo de atropellos y actos violentos con la única finalidad de acaparar riquezas y poder volver a la Península a disfrutar de ellas. Pero por lo que se desprende de las palabras del pícaro y del resto de la novela, las ilusiones de Pablos se vieron frustradas porque Quevedo no podía permitir que su protagonista tuviera éxito en sus aspiraciones sociales, en su afán de medro (cfr RONCERO, *La ideología del 'Buscón'*). Su estancia americana formaría parte, pues, de lo que parafraseando a Beatriz Pastor podríamos definir como «discurso narrativo del fracaso» (PASTOR, *Los 'Naufragios'*, 130) de los pícaros, eso sí un «fracaso anunciado».

Coherente con su ideología, América aparece en el *Buscón* como un espacio de corrupción en el que han de terminar sus aventuras. Desde el momento en que recibe la paliza destinada a don Diego y la cuchillada de los amigos de su antiguo amo, la historia de Pablos es la del descenso a los infiernos, que termina en la narración con la muerte de los dos alguaciles en Sevilla, pero que culmina con su viaje y estancia en América, considerado por el moralista Quevedo como la meca de la corrupción de su época. Corrupción que se inicia con el simple hecho de que el propio Pablos pueda hacer el viaje, pues hemos de recordar que se necesitaba un permiso especial para poder embarcarse en los navíos que zarpaban del puerto de Sevilla, embarque que estaba prohibido para todos aquellos que tuvieran sangre «manchada», es decir, que fueran de ascendencia conversa, a pesar de lo cual Mateo Alemán, por ejemplo, pudo pasar a México después de haber donado una casita que poseía en la calle del Reloj en Madrid al secretario del Consejo de Indias (CROS, *Mateo Alemán*, 52-53)⁴. Sin embargo, Pablos no puede donar ninguna propiedad; su única forma de embarcarse pasaría por sobornar al capitán de uno de los navíos de la flota y convertirse en un *llovido* o polizón, práctica muy habitual en la época, como lo demuestra la real cédula promulgada por Felipe III en 1604, pues en la flota a Nueva España habían entrado más de 600 mujeres, «no

⁴ Sobre la presencia de los judeoconversos en las Indias es fundamental el trabajo de DOMÍNGUEZ ORTIZ, 1988, pp. 125-144.

habiendo yo dado licencia a 50» (*apud* DOMÍNGUEZ, *La sociedad española*, I, 88). A partir de ahí, el pícaro iniciaría sus andanzas en América, donde proseguiría con el tipo de vida que llevaba en España.

Creo que el hecho que más influyó en Quevedo para elegir América como destino final de su protagonista, en lugar de los territorios europeos a los que su antecesor Guzmán había viajado, y a los que la mayor parte de sus seguidores llevaron a los suyos, tiene que ver con el encumbramiento social al que se auto elevaban los españoles que llegaban a los distintos virreinos americanos. Quizás uno de los casos más notorios fue el de Francisco Pizarro que de ser un hijo ilegítimo y analfabeto se convirtió en Marqués, y que fue elogiado con toda su descendencia por la trilogía que sobre su familia escribió, por encargo de sus descendientes, Tirso de Molina⁵, aunque la leyenda de que fue hijo de un porquero parece que fue invención de López de Gómara en su *Historia general de las Indias*⁶. En otros estudios ya he desarrollado mi convicción de que Quevedo pretendía con la novela alertar a la nobleza de su época sobre los problemas que planteaban ciertos individuos que pretendían ascender socialmente; problemática que en la autobiografía está representada por Pablos y don Diego Coronel. A lo largo de su discurso autobiográfico el pícaro asume la falsa personalidad de don Ramiro de Guzmán, señor del Valcerrado y Villorete, «un hombre de negocios rico, que hizo agora tres asientos con el Rey» (QUEVEDO, *Buscón*, 227) y de don Filipe Tristán, «un caballero muy honrado y rico» (QUEVEDO, *Buscón*, 240), poseedor de un mayorazgo, y en ambos casos sufre el castigo por su atrevimiento. Esta asunción de personalidad entronca perfectamente con la intención manifestada por el pícaro, ya desde los primeros momentos de su autobiografía, de ser caballero. A esta meta dirigirá todos sus esfuerzos Pablos desde que abandona la casa de sus padres hasta que recibe la cuchillada de los amigos de Diego Coronel, que lo devuelven a la realidad con la maldición que le lanzan: «¡Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos!» (QUEVEDO, *Buscón*, 247). Con esta emboscada parece que se acaban las ínfulas de grandeza del pícaro que parece resignado a aceptar su destino. Sin embargo, su deseo de embarcarse para las Indias motivado, en primer lugar, por la persecución a la que lo está sometiendo la justicia, representa también

⁵ Las tres obras son: *Todo es dar en una cosa*, *La lealtad contra la envidia* y *Amazonas en las Indias*. Ver la edición y estudio de Miguel Zugasti.

⁶ «Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nació en Trujillo, y echáronlo a la puerta de la Iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconosciolo después el padre, y traíalo a guardar los puercos, y así no supo leer. Dioles un día mosca a sus puercos, y perdiolos. No osó tornar a casa de miedo, y fuese a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las Indias» (LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia general de las Indias*, 245a). Sobre la veracidad o falsedad de estos datos ver del Busto, 1966, p. 12 y Porras Barrenechea, 1978, p. 26.

una recuperación de su idea de intentar el ascenso social. Pablos ve como en España se le han cerrado las puertas de esta subida, por lo que la única posibilidad que le queda es la de convertirse en un indiano, que tras años de estancia en México o en el Perú volvería a España rico para poder disfrutar de los frutos de sus esfuerzos, como le había sucedido a personajes como el Carrizales de *El celoso extremeño* cervantino o el don Bela de *La Dorotea* que es descrito como «hombre de hasta treinta y siete años, poco más o menos, que unas pocas canas que tiene, son de los trabajos de la mar, que luego se le quitarán con los aires de la Corte» (LOPE DE VEGA, *Dorotea*, 108). Pero Quevedo no puede permitir que su pícaro triunfe en sus fraudulentas intentonas de medrar, y por ello Pablos nos informa que «Y fueme peor, como vuestra merced verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres». La declaración no deja lugar a dudas: Pablos ha seguido con la forma de vida que había llevado en la Península y, por tanto, el resultado ha sido el mismo. Si Guzmán había terminado la narración de su autobiografía en las galeras; eso sí, esperando el perdón que le permitiría emprender una nueva vida, Pablos termina la suya, bien en las Indias o bien en España, en la misma situación en la que se hallaba en sus últimos años de vida en el reino de Castilla. Pablos no podía volver a España rico y reformado porque eso alteraría el mensaje quevediano sobre la peligrosidad de estos individuos que buscaban el medro social. De todas maneras, hemos de recordar que los ennoblecimientos de los soldados y artesanos que emigraron a las Indias fueron mínimos, como muy bien recuerda Durand: «Las concesiones nobiliarias obtenidas fueron mínimas, y algunas de ellas sólo valían en tierras americanas» (DURAND, *La transformación social*, I, 87). Sea como fuere, Pablos no consiguió mejorar su estatus social en las Indias porque ni su origen ni su amoralidad se lo permitían. De esta manera su unen los conceptos sociales y morales para explicar el final del *Buscón*, en su frustrada y elíptica estancia en América.

Hemos de recordar aquí que en el *Guzmán* hablando de Mateo Luján, autor de la segunda parte apócrifa, se afirma que: «Dél me dice algunos, que de vista le conocen, haberlo visto en Castilla y por el Andalucía muy maltratado, que de allí pasó a las Indias, donde también le fue mal» (ALEMÁN, *Guzmán*, 632). En este párrafo se combinan dos elementos: por una parte, la moralidad del pícaro que pasa a las Indias y al que le va mal porque no cambia de vida y, por tanto, y en un autor moralizante como Mateo Alemán, no puede triunfar en sus aspiraciones; por otra parte, se trata de un caso de venganza personal, en la que el escritor sevillano no puede menos que condenar a quien se atrevió a adueñarse del personaje que había creado y lo aleja de España para que desaparezca en el Nuevo Mundo.

La estancia de Pablos en las Indias no influyó demasiado en aquellos que le siguieron en la escritura de textos picarescos, porque sólo en el

Marcos de Obregón, de Vicente Espinel, en el *Alonso mozo de muchos amos*, de Jerónimo de Alcalá y en el *Lazarillo de Manzanares*, de Juan Cortés de Tolosa aparecen las tierras americanas; los demás continuadores del género circunscribieron las andanzas de sus protagonistas a la vieja Europa, aunque en ocasiones se hace mención de personas que han pasado a las Indias, y de las que no se sabe nada. Un caso de esto último lo tenemos en el *Bachiller Trapaza*, donde se nos informa que Pernia «se fue a Sevilla y de allí se embarcó a las Indias» (CASTILLO, *Bachiller Trapaza*, 244).

De estas tres novelas, sólo en la de Jerónimo de Alcalá las Indias se convierten en escenario de la vida del protagonista, siguiendo la línea establecida por Quevedo. En la obra de Cortés de Tolosa, sólo tenemos la referencia final a que el protagonista huye a México con el hidalgo sevillano como fator «para ayudarle en la administración y venta de las cosas que de España se le enviaban» (CORTÉS, *Lazarillo de Manzanares*, 262).

Un caso interesante lo representa el *Marcos de Obregón*, obra semi picaresca en la que las Indias aparecen en dos momentos distintos de la obra. En el primero de ellos (relación primera, descanso 20), Marcos manifiesta su deseo de «ir a las Indias occidentales» (ESPINEL, *Marcos de Obregón*, I, 283) para lo que se dirige al puerto de Santander, aunque nunca llegó a embarcarse, porque una epidemia atacó a los oficiales, soldados y marineros, y terminó encaminándose a Bilbao. En el segundo de ellos, (Relación tercera, descansos XIX-XXIII) el doctor Sagredo narra su desgraciada presencia en una expedición al estrecho de Magallanes, texto que recuerda más bien a una novela bizantina con reminiscencias clásicas de la fábula de Polifemo y Galatea y de la *Odisea*: la isla Inaccesible y los gigantes que los capturan y encierran en una cueva. La narración termina con la separación de la esposa del doctor Sagredo a las puertas de Gibraltar, que cae al mar al intentar huir de un infiel que pretendía forzarla, aunque los esposos volverán a encontrarse en la cueva de los bandoleros, hecho narrado en el descanso XXIV. (HEATHCOTE, *Vicente Espinel*, 141-142). En el primero de los dos textos, el escudero protagonista acude a la llamada de la sangre, pues recuerda a sus abuelos, «que eran hijos de conquistadores y tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos» (ESPINEL, *Marcos de Obregón*, I, 282-283). En el contexto del párrafo en el que se halla esta afirmación, aparecen dos de los motivos que llevaban a los españoles a cruzar el océano: por una parte, el afán de aventuras, de conquistas, representado por los antepasados de Marcos; por el otro, el deseo de adquirir riquezas, pues en el momento en el que toma la decisión de ir a las Indias se encuentra con unos mercaderes a los que sirvió de «gomecillo», es decir, de lazarillo. Marcos, pues, representa a la perfección esa combinación entre el soldado abnegado que quiere defender a sus Reyes y a su religión, y el aventurero que va en busca de las riquezas

prometidas en América, y lo hace sin ese resabio moralista que hemos visto en textos anteriores y que vamos a ver en otros posteriores.

En la línea que había iniciado el *Buscón* quevediano se encuentra la novela de Jerónimo Alcalá, *Alonzo, mozo de muchos amos*. Este texto, novela picaresca dialogada, continúa la tradición moralizante del género que había iniciado Mateo Alemán, y en esa misma dirección, y con la guía del texto quevediano, su concepción de las Indias se reviste de la negatividad moral que hemos visto insinuada en esta última novela (cfr. LERNER). El tono de la obra rebosa del moralismo que había aprendido en el *Guzmán de Alfarache*, y que se refleja desde un principio en los dos interlocutores a quien Alonso, el donado hablador, cuenta sus andanzas por el mundo: el vicario de un convento en el que ha sido recibido y el cura de San Zoles. El escritor considera su novela como un acto de predicación, pues como comenta en el prólogo de la segunda parte, «el predicar y escribir casi son compatibles y tienen un mismo objeto» (ALCALÁ, *Alonso*, 483). Dentro de ese espíritu de predicación se insertan todos y cada uno de los episodios de la vida del protagonista, que, no lo olvidemos, acaba sus andanzas en una «santa ermita, adonde, siendo Dios servido, será donde pienso acabar mi corta vida sirviéndole» (ALCALÁ, *Alonso*, 722). Esta declaración del propósito final de la existencia de Alonso difiere de todos sus predecesores y antecesores que, en ningún caso, proponen como objetivo de su futura existencia dedicarse al servicio de Dios; en el extremo opuesto, por poner un ejemplo, hallamos el caso de Estebanillo González que planea retirarse a Nápoles para regentar una casa de juego.

La autobiografía narrada por Alonso a estos dos religiosos pretende enseñar a los lectores a llevar una vida cristiana, alejada de los pecados y vicios que ofrece la sociedad. El final como ermitaño supone la exaltación de la vida religiosa, de la observancia de las enseñanzas de la Iglesia católica como vía para la salvación de los pecadores; en este caso, de los pícaros que como Alonso han vivido ignorándolas, dejándose poseer por las corruptas costumbres del siglo. Las andanzas de Alonso en América ocupan el capítulo octavo de la primera parte. El tono moralizante que impregna todo el capítulo aparece ya en la presentación del episodio:

Una de las ceguedades que padecen los hombres en esta miserable vida, padre vicario, y lo que más ha destruido y acabado el mundo, es la ambición y codicia de las riquezas; aquel adquirir y allegar con una sed insaciable... ciego y deseoso de valer y subir con alas al levantado estado de las riquezas, no reparando en tantos inconvenientes y trabajos como se me ofrecían, atropellando con todo me arrojé al agua, fiado en una incierta esperanza y confiado en una casa de madera; por cimienta las aguas de un mar inconstante, sujeto a los vientos, y yo a la voluntad de un mal entendido e ignorante piloto. (ALCALÁ, *Alonso*, 415-416).

El fragmento está dividido en dos partes: en la primera, el moralista Alonso, desde la perspectiva del presente, predica sobre el pecado de la

avaricia que ciega a algunos hombres, como a él mismo; en la segunda, utiliza la metáfora de la navegación para describir el error que había cometido el joven Alonso en embarcarse en busca de unas inciertas riquezas, imagen de la navegación como símbolo de la codicia que ya aparece en Horacio (*Odas* 3, 29, 61), y que en nuestra literatura podemos encontrar, entre otros, en los famosos versos de fray Luís de León en su oda «¡Qué descansada vida»⁷, en los que traduce el famoso «Beatus ille» horaciano. El tópico parece claramente recogido en el texto, cuando al narrar la tormenta en que se halla inmerso el barco afirma el moralista Alonso:

Así es la verdad, padre, pues hasta hoy ninguno ha navegado que no haya sido con extremo peligro... Y los hombres, fiados en una incierta esperanza, imitando al primer inventor..., toman con sus manos la muerte y, codiciosos de humanas riquezas, vienen a dejar en la demanda lo que poseían y a perder cuanto estaba ganado: justa paga de su ambición y desenfrenada codicia (ALCALÁ, *Alonso*, 421).

La muerte resulta el final inevitable para estos hombres codiciosos que arriesgan su vida en busca de unos tesoros que en realidad se transforman en castigos por sus pecados. Se puede apreciar, pues, que Alcalá ha elegido América como destino de su personaje porque ésta, desde el *Buscón* quevediano, representaba en el género picaresco un destino propicio para que el pícaro ejercitara sus malas costumbres y procurar un medro social que le estaba vedado en la sociedad peninsular. Por eso, el lema de esta aventura de Alonso, repetido desde el principio del episodio, es el de la acumulación de riquezas; así al entrar al servicio de su amo que va a ocupar el puesto de Alguacil Mayor en México, comenta que este oficio «ha de ser de mucho provecho para los que le sirvieren» (ALCALÁ, *Alonso*, 416); también relata cómo su amo esperaba «volver muy rico a España», y él mismo se imaginaba en «su vejez como si las poseyera y hubiera ganado (las riquezas americanas)» (ALCALÁ, *Alonso*, 418). Esta reiteración machacona pretende inculcar en el lector el mensaje moralizante cristiano que Alcalá quiere transmitir con su personaje; y para ello debe dejar bien claro el motivo del viaje, tanto del amo como del sirviente.

Los principios de Alonso en Méjico, ciudad a la que llega después de varias vicisitudes, son afortunados, pues consigue ganar quinientos ducados. Esta ganancia sólo le sirve al moralista Alonso para predicar contra la codicia: «No sé, padre, qué se tiene esto de desear un hombre subir a mayor fortuna» (ALCALÁ, *Alonso*, 423). Es importante el paso que da a continuación Alonso, pues se convierte en un mercader que compra fardos

⁷ «Ténganse su tesoro / los que de un falso leño se confían; / no es mío ver el lloro / de los que desconfían, / quando el cierzo y el ábrego confían. // La combatida antena / cruxe, y en ciega noche el claro día / se torna; al cielo suena / confusa vozería, / y la mar enriquecen a porfía» (FRAY LUIS DE LEÓN, *Poetas completas*, 91).

de lienzo para venderlos en el Perú y doblar así su ganancia; oficio que manifiesta una actitud que ha sido calificada como «antítesis de la conducta habitual del pícaro» (BRIOSOS y BRIOSO, *La picaresca y América*, 219). Pero este paso que en otro tipo de literatura sería positivo y hubiera significado un cierto modo de redención del personaje, en esta novela se convierte en una forma más de demostrar la corrupción del pícaro que, empujado por la codicia, quiere acumular más; así el protagonista se transforma en «el ejemplo de la buena suerte y ventura; el señalado con el dedo de los nobles de Méjico por la gran mudanza en tan pocos días» (ALCALÁ, *Alonso*, 424). Y es importante aquí señalar dos palabras: en primer lugar, suerte; en segundo, mudanza. Y lo digo porque las dos se convierten en *leit motives* de la narración. Debemos considerar que estos momentos de buena suerte y cambio para bien en Alonso contrastan con la situación de su amo, que llevado de su afición al juego y a las mujeres se arruina. De esta forma, el Alguacil se convierte en el ejemplo de que

No son las Indias para todos... A muchos, padre, he visto ir a Indias y volver tan rotos como cuando salieron de su patria, granjeando sólo del viaje algunos dolores perpetuos de brazos y piernas tan rebeldes a la zarzaparrilla y la palo santo que ni bastan sudores ni azogue para echarlos fuera (ALCALÁ, *Alonso*, 425-426).

Los dos pecados de la codicia y la lujuria de que hablan muchos de los moralistas como impulsores de los aventureros que iban a América se personifican aquí en el amo de Alonso. Este personaje ha caído en el abismo del vicio, y su degradación y humillación llegan a tal punto que se ve obligado a pedir ayuda a su criado para poder sobrevivir. Quizás haya aquí una reminiscencia del tratado tercero del *Lazarillo de Tormes* entre el escudero y el pícaro, en el que este último debe alimentar a su amo.

La imagen de las Indias como lugar que incita al pecado y que subvierte el orden social establecido presenta aquí su ejemplo más patente: Alonso había iniciado la travesía como criado de un oficial del Rey y en estos momentos se ha convertido en un hombre más poderoso y respetado que aquel que había sido su señor. Pero el cambio de fortuna del pícaro no se limita, como habría sucedido en otro tipo de obra, a su situación económica, sino que afecta a su conducta; Alonso olvida sus orígenes humildes y se comporta de una forma altiva y arrogante con los pobres, prueba, según el Alonso maduro y arrepentido, de su «poco saber y demasiada locura» (ALCALÁ, *Alonso*, 426). De nuevo, Jerónimo de Alcalá sigue a Quevedo, pues Alonso peca de los mismos pecados que Pablos: el orgullo, la soberbia, y, sobre todo, ese interés por olvidar su pasado, de intentar asumir una personalidad y un modo de vivir que no se corresponden con su origen y educación. Estos pecados son fundamentales, en el caso de *Alonso, mozo de muchos amos*, para reforzar la intención moralizadora

de la obra, para servir de aviso a los lectores de las trampas que el afán de riquezas tiende a aquellos que no están preparados para afrontar esa bonanza en su fortuna.

En esta misma línea debemos entender la caída de Alonso, que confiado en su buena suerte decide comprar más lienzos para venderlos en China, pero de nuevo aquí aparece el mar como destructor de las esperanzas del pícaro, pues toda la mercancía que había comprado Alonso se la traga el Pacífico. De esta forma, el pícaro vuelve a su primitivo estado de pobreza, pues como afirma: «si representé rey siendo pícaro, pícaro me soy venga lo que viniere» (ALCALÁ, *Alonso*, 430). La moraleja no puede ser más cruda: el mar ha devuelto a Alonso a la realidad, a su realidad; la de un pícaro que por un momento logró escapar de su destino, pero al que su codicia ha colocado en el lugar que le corresponde. A partir de aquí se produce su caída libre: vuelve a servir a su amo que pronto muere lleno de deudas, con lo que al final de su estancia el pícaro quedó «en la calle y en cuerpo» (ALCALÁ, *Alonso*, 433). La aventura americana ha terminado: Alonso se alista como soldado y se embarca en un galeón rumbo a Cádiz, y comenta desolado esa nueva situación:

Trayendo nuestro galeón innumerables indianos riquísimos a quien Dios había dado buena suerte para traer a España tantos bienes, cuando yo venía tan pobre que con solo haber comido y con cien reales que alcancé de paga llegué a Sevilla (ALCALÁ, *Alonso*, 433).

El contraste entre la buena fortuna de los indianos ricos que viajaban en el galeón, y que recuerda la vuelta de Filipo de Carrizales⁸, y la pobreza en la que vuelve Alonso le sirve a Jerónimo de Alcalá para destacar los deméritos de su personaje: los indianos han recibido la ayuda de Dios, mejor dicho, han merecido la ayuda de Dios, mientras la altivez, la arrogancia demostrada por el pícaro han tenido como resultado el castigo divino. De todas maneras, el novelista no podía permitir que su personaje alcanzara el éxito en su empresa americana, porque ya en el principio había destacado que era la codicia la que motivaba el cambio de aires de Alonso. Nos encontramos otra vez con esa advertencia final del *Buscón* de que no cambia de suerte quien «muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres». Alonso no pretendía cambiar de forma de vida, sólo buscaba enriquecerse, por ello la moraleja final del episodio no puede ser otra. Y por ello, el escritor decidió que su pícaro viajara al Nuevo Mundo, un mundo del que no se ofrece ninguna descripción, porque podríamos considerarlo

⁸ CERVANTES. *El celoso extremeño*, 177, narra así la vuelta de su protagonista: «Viéndose, pues, rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver a su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecían, dejando el Pirú, donde había granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió a España».

como un escenario abstracto que simboliza única y exclusivamente la codicia, la corrupción que atraía a los españoles de su tiempo contra la que Jerónimo de Alcalá quiere advertir a los lectores del primer tercio del siglo XVII.

Las Indias desaparecen en las novelas picarescas publicadas con posterioridad al *Alonso, mozo de muchos amos*. El último pícaro del siglo XVII, Estebanillo González, limita sus andanzas al Viejo Mundo: el pícaro-bufón recorre las más importantes cortes de la Europa continental. La razón por la que Estebanillo no surca el Atlántico hay que buscarla en el hecho de que un bufón no tendría lugar en las cortes virreinales, y ese era el único espacio en el que este personaje podía sobrevivir. Por tanto, desde 1626, fecha de publicación de la segunda parte de la novela del doctor Jerónimo de Alcalá, no volvemos a encontrar discursos picarescos en América. Eso no quiere decir que no aparezcan en ciertos textos personajes con rasgos picarescos, como el alguacil de corte Juan Roldán, que aparece en los capítulos XIII y XIV de *El carnero* de Rodríguez Freyle, texto que ha sido considerado como perteneciente «al género picaresco..., aunque definitivamente, no pertenece al de la novela picaresca» (CASAS, *La novela picaresca*, 19. cfr. LEAL, *Picaresca hispanoamericana*; FERNÁNDEZ, *Sobre la picaresca*). Estaríamos hablando aquí de un individuo que se comporta como un pícaro, incluso haciéndose pasar por muerto para escapar de la justicia (RODRÍGUEZ FREYLE, *El carnero*, 269-272), pero desde luego el texto está estructurado más bien como una crónica de la «conquista y descubrimiento del nuevo reino de Granada de las Indias Occidentales del mar océano» y no como un discurso ficticio novelesco.

Tampoco podemos considerar picaresco los *Infortunios de Alonso Ramírez* de Carlos Sigüenza y Góngora, texto al que se le han identificado ciertos detalles picarescos, incluso se lo ha relacionado con el *Estebanillo González* por la fidelidad a los datos y personajes históricos que ambos textos recogen (GONZÁLEZ, *Los Infortunios de Alonso Ramírez: picaresca e historia*, 190); y ha sido caracterizada como «narración periodística» (LEONARD, *La época barroca*, 291). Ciertamente rasgos como su carácter autobiográfico, su pronta orfandad, su cambio de amos, la aparición recurrente del tema del hambre, incluso de la escatología, en el momento en que el capitán de los piratas ingleses los hacía «beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán» (SIGÜENZA Y GÓNGORA, *Los infortunios de Alonso Ramírez*, 23), pertenecen al mundo picaresco, pero Alonso no es un pícaro, como lo demuestra la siguiente reflexión, cuando después de la muerte de su esposa vuelve a Puebla a trabajar como oficial del maestro carpintero Esteban Gutiérrez, que le hace pasar mucha hambre:

Desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia, no sólo acusado sino convencido de inútil, quise darme por pena de

este delito la que se da en México a los que son delincuentes, que es el enviarlos desterrados a las Filipinas (SIGÜENZA Y GÓNGORA, *Los infortunios de Alonso Ramírez*, 10).

Este auto castigo que se impone Alonso no se corresponde con la forma de comportamiento que esperaríamos un personaje depravado moralmente como era el pícaro que podría mostrar arrepentimiento al final de la narración de sus andanzas, pero nunca condenarse a un destierro incierto. Un dato interesante de esta reflexión y de la autobiografía de este personaje es el relato de su estancia en Filipinas, con el que estas islas se incorporan al mundo de la ficción literaria hispánica. Poco se nos dice de ellas, pues incluso los detalles del viaje se limitan a una mera descripción cartográfica del camino seguido por los galeones que hacían la ruta Acapulco-Manila (cfr. SCHURZ), pero desarrolla un itinerario picaresco que continuarán ya en el siglo XVIII el jesuita Alemany en su continuación del *Buscón* quevediano⁹ y Fernández de Lizardi en su *Periquillo Sarniento*.

Pablos, el pícaro, ha cumplido el ciclo vital que le había impuesto Quevedo: salió del puerto de Sevilla y ha vuelto de América pobre y corrupto como lo deseaba el escritor madrileño; lo mismo le ha sucedido a su continuador Alonso. Ambos novelistas nos presentan la imagen de América como la de un lugar de corrupción al que acude lo peor de la sociedad española para intentar enriquecerse y volver transformado a la metrópoli a disfrutar de los frutos de su codicia y engaños. Pero esta bonanza económica no puede ser permitida por los escritores barrocos, Quevedo y Alcalá, que con una intencionalidad de crítica social y moral no pueden menos que condenar a sus protagonistas a un estrepitoso y humillante fracaso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCALÁ, Jerónimo de. *Alonso, mozo de muchos amos*. Donoso Rodríguez, M. (ed.). Madrid: Iberoamericana, 2005.
- ALEMÁN, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. Rico, F. (ed.). Barcelona: Planeta, 1983.
- BORAH, W. «The Mixing of Populations». *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*. Berkeley: University of California Press, 1976, pp. 707-22.
- BRIOSO SÁNCHEZ, Máximo y BRIOSO SANTOS, Héctor. «La picaresca y América en los Siglos de Oro». *Anuario de Estudios Americanos*, XLIX, 1992, pp. 207-232.
- BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del. *Francisco Pizarro. El Marqués gobernador*. Madrid: Ediciones Rialp, 1966.
- CARPENTIER, Alejo. «Semejante a la noche». En *Guerra del tiempo y otros relatos*. México: Editorial Lectorum, 2001, pp. 115-29.

⁹ En esta *Tercera parte de La vida del gran tacaño*, escrita en los primeros meses de 1768, Pablos desarrolla sus andanzas en México y en Filipinas, donde es nombrado gobernador de Zamboanga, hasta que decide volver a pasar sus últimos días en Granada «ciudad rica y hermosa de España y con buenas diversiones» (*Andanzas del buscón don Pablos*, 158).

- CASAS de FAUNCE, María. *La novela picaresca latinoamericana*. Madrid: CUPSA, 1977.
- CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de. *Aventuras del Bachiller Trapaza*. J. J. (ed.). Madrid: Cátedra, 1986.
- CAVILLAC, Michel. *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»*. Azpitarte Almagro, J. M. (trad.). Granada: Universidad de Granada, 1994.
- GARCÍA VALDÉS, Celsa Carmen. *Andanzas del buscón don Pablos por México y Filipinas. Estudio y edición de la «Tercera parte de La vida del gran tacaño», de Vicente Alemany*. Pamplona: EUNSA. Anejos de *La Perinola*.
- CERVANTES, Miguel de. *Novelas ejemplares*. II. Avallé-Arce, J. B. (ed.). Madrid: Castalia, 1982.
- COLÓN, Cristóbal. *Los cuatro viajes. Testamento*. Varela, C. (ed.). Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- CORTÉS de TOLOSA, Juan. *Lazarillo de Manzanares*. Zugasti, M. (ed.). Barcelona: PPU, 1990.
- CROS, Edmond. *Mateo Alemán: introducción a su vida y a su obra*. Salamanca: Ediciones Anaya, 1971.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. *La sociedad española en el siglo XVII*. Madrid: C.S.I.C., 1963.
- . *Los judeoconversos en España y América*. Madrid: Istmo, 1988.
- DURAND, José. *La transformación social del conquistador*. México: Porrúa y Obregón, 1953, 2 vols.
- ELLIOTT, J. H. *La España Imperial. 1469-1716*. Marfany, J. (trad.). Barcelona: Editorial Vicens-Vives, 1982.
- ESPINEL, Vicente. *Vida del escudero Marcos de Obregón*. Carrasco Urgoiti, M. S. (ed.). Madrid: Castalia, 1980. 2 vols.
- FERNÁNDEZ, Teodosio. «Sobre la picaresca en Hispanoamérica». *Edad de Oro*, XX, 2001, pp. 95-104.
- FRIEDE, Juan. «La censura española del siglo XVI y los libros de Historia de América». *Revista de historia de América*, 1959, 47-48, pp. 45-94.
- GONZÁLEZ, Aníbal. «Los Infortunios de Alonso Ramírez: picaresca e historia». *Hispanic Review*, 1983, 51, pp. 189-204.
- HEATHCOTE, A. Anthony. *Vicente Espinel*. Boston: Twayne Publishers, 1977.
- La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*. Carreira, A. y Cid, J. A. (eds.). Madrid: Cátedra, 1990, 2 vols.
- LEAL, Luis. «Picaresca hispanoamericana: de Oquendo a Lizardi». *Estudios de literatura Hispanoamericana en honor a José J. Arrom*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1974, pp. 47-58.
- LEONARD, Irving A. *Los libros del conquistador*. Monteforte Toledo, M. (trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1953.
- . *Viajeros por la América Latina colonial*. Utrilla, J. (trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- . *La época barroca en el México colonial*. Escurdia, A. (trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- LERNER, Isaías. «Alonso en América: el Nuevo Mundo en la ideología picaresca». En *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana/Universidad Complutense, 1987, pp. 203-209.
- LEÓN, Luis de. *Poesías completas*. Cuevas, C. (ed.). Madrid: Castalia, 1998.
- LÓPEZ de GÓMARA, Franciso. *La conquista*. «Historia general de las Indias». En Vedia, E. de (dir. e illus.). *Historiadores primitivos de Indias*. Madrid: Atlas, 1946. BAE, vol. 22.

- Francisco. *La conquista de México*. Rojas, J. L. (ed.). Madrid: Dastin S.L., 2001.
- MARAVALL, José Antonio. *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Editorial Taurus, 1987.
- PAGDEN, Anthony. *El imperialismo español y la imaginación política. Estudios sobre teoría social y política europea e hispanoamericana (1513-1830)*. Barcelona: Planeta, 1991.
- PASTOR, Beatriz. «Los *Naufragios*: desmitificación y crítica». En: Zavala, I. M. (coord.). *Discursos sobre la 'invención' de América*. Ámsterdam: Editions Rodopi B. V., 1992, pp. 123-137.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Pizarro*. Lima: Editorial Pizarro, 1978.
- QUEVEDO, Francisco de. *Obras completas. Obras en prosa*. Buendía, F. (ed.). Madrid: Aguilar, 1979⁶.
- *La Hora de todos y la Fortuna con seso*. Bourg, J.; DuPont, P., y Geneste, P. Madrid: Cátedra, 1987.
- *Historia de la vida del Buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Roncero López, V. (ed.). Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
- RODRÍGUEZ FREYLE, Juan. *El carnero*. Achury Valenzuela, D. (pról., notas y cronología). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.
- RONCERO LÓPEZ, Victoriano. «La ideología del *Buscón*». En: Rey, A. (ed.). *Estudios sobre el «Buscón»*. Pamplona: EUNSA, 2003, pp. 173-190.
- «El humor, la risa y la humillación social: el caso del *Buscón*». *La Perinola*, 2006, 10, pp. 271-286.
- SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio. «Colonos y militares: dos alternativas de promoción social». En: Alcalá-Zamora, J. N. (dir.). *La vida cotidiana en la España de Velázquez*. Madrid: Temas de Hoy, 1999², pp. 279-304.
- SCHURZ, William L. *The Manila Galleon*. New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1959.
- SIGÜENZA y GÓNGORA, Carlos de. «Infortunios de Alonso Ramírez». En: BRYANT, W. C. (ed.). *Seis obras*. Leonard, I. A. (pról.). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984, pp. 3-47.
- TERESA de JESÚS, Santa. *Obras completas. III. Epistolario. Memoriales. Dichos*. Madre de Dios, Efrén de la y Steggink, Otger (eds.). Madrid: BAC, 1959.
- TIRSO DE MOLINA. *La «Trilogía de los Pizarro» de Tirso de Molina*. Zugasti, M. (ed.). Kassel: Edition Reichenberger, 1993, 4 vols.
- VEGA, Lope de. *La Dorotea*. Blecua, J. M. (ed.). Madrid: Cátedra, 1996.

Fecha de recepción: 14 de junio de 2008

Fecha de aceptación: 10 de marzo de 2009